

deslumbrante. Lo que hacía que, visto por delante, parecía un casco invertido que dejaba volar su blanco penacho por debajo.

Aquel falucho, mejor servido por su velamen que nosotros por las ruedas, las cuales en algunos momentos no tocaban al agua, se nos adelantó. Y pasó tan cerca de nosotros, que pude leer en la popa esta inscripción: *Confianza en Dios*; luego escapó saltando por las olas con admirable movimiento.

A las cuatro y media, después de diez leguas por mar, desembarcamos en Marsella. Me interrumpo; me anuncian que el correo está abierto, y vuelo allí.

A las 7 de la noche.

Estoy muy triste, adorada Adela. ¡Ni una carta! Ni tuya, ni de Didina. Didina mía, escíbeme; escíbeme también vosotros, mis adorados Carlos, Totó y Dédé. Mañana iré á Tolón, luego volveré á Marsella ex profeso y espero que encontraré cartas tuyas, querida esposa, de las que tengo verdadera necesidad. Escíbeme ahora y *en seguida* á *Chalon-sur-Saône*, siempre á *lista de correos* y siempre *sin nombre de pila*. He escrito á Cologne para tener tres cartas, y las espero. He hecho preguntar por Mery, pero no está en Marsella en este momento. Hasta pronto, Adela mía, escíbeme; di á nuestro excelente Vacquerie que me escriba. Hasta luego. Os abrazo á todos mil veces.

Tu VÍCTOR

III

LOS DESFILADEROS DE OLLIOULES.—TOLÓN

Hojas de álbum

Exceptuando los hermosos bajo relieves de David en la puerta de Aix y otros dos bajo relieves, el uno romano y el otro bizantino, en la Majore, Marsella nada tiene de monumental. Marsella es un montón de casas bajo un hermoso cielo, y nada más.

La antigua fortaleza, en donde se ostentaba esta orgullosa inscripción borrada por Luis XIV: *Sub quo-cumque imperio summa libertas*; el baluarte de las Damas, testimonio de la bravura de las mujeres marsellesas; la torre de San Pablo, cuya culebrina, de veinticuatro pies de longitud, había lanzado aquella famosa bala que mató en el altar al sacerdote que decía la misa al condestable de Borbón é hizo soltar la risa al marqués de Pescara; todo ha desaparecido.

De la ciudad griega, nada queda; de la ciudad romana, nada; de la ciudad gótica, nada.

He aquí de qué modo los consejos municipales de Francia tratan á las ciudades ilustres. Un comerciante cualquiera ha necesitado piedra para construir una fábrica de jabón, y le han dado la torre de San Pablo. Así es que, á la hora en que escribo, en casi todas las

ciudades de Francia, una docena de estúpidos quin-calleros ó baratilleros, debidamente autorizados por la ley, van borrando á su sabor la historia.

La carretera de Marsella á Tolón sale de Marsella por la puerta de Roma, pasa junto á un insignificante obelisco, y se aleja, algo así como las carreteras que salen de París, más encajonada entre paredes que entre árboles. Hasta Cuges, las casas de campo esparcidas por la campiña con su pozo y su inevitable mórera, los jardines plantados de olivos y á cubierto del viento del Norte por una mampara de cipreses, altas cañas que toman un falso aspecto de bambúes, algunos pinos de Italia aquí y allá, algunas colinas de rizada cabeza, cubiertas de pequeñas coscojas bajas como el brezo y espinosas como el acebo; el Aubagne, escaso y fangoso río sombreado de almeceas, algunas viñas sin rodrigones, algunos zarzales de una especie de *atriplex* que ellos llaman *zarzal blanco*, crecen á ambos lados del camino.

Bajeme en una deliciosa pradera, adornada de mil estrellas, amarillas y blancas en septiembre, como las nuestras en abril; creía encontrar nada más que botones de oro y margaritas, y había más de veinte especies de flores diferentes. En Provenza, el calor del sol hace brotar en la hierba una vegetación deslumbradora.

El horizonte, que es muy bello, se compone de las últimas articulaciones de los Bajos Alpes.

Cuges es un bonito pueblo situado en una especie de gran barreño verde formado de altas colinas sin la más mínima rotura. No se puede llegar á Cuges más que bajando, y no se puede salir más que subiendo. El agua que baja, pero que no sube, se concentra en invierno en el fondo del barreño y forma una especie de lago.

Almuérase admirablemente en Cuges. En lugar de ostras, abundan las pechinas; en lugar de manteca, queso de oveja, y en lugar de ciruelas, azufaifas; pero la mesa está cubierta de becafigos y de petirrojos, de rebanadas de atún á la parrilla, de doradas y de salmonetes, de higos violetas y uvas sonrosadas, todo convenientemente sazonado con ajo y aceite.

Mientras almorzaba, había mercado al pie de la ventana de la posada, en una plazuela, al rededor de un gran árbol, cuyo tronco sirve de respaldo á un banco de piedra circular. Hombres y mujeres se encontraban ruidosamente con todos esos gestos provenzales que acentúan la más insignificante conversación. Abundaban los higos y las sandías. Magníficos pescados amontonados en pirámides llenaban los cestos de caña con todos los colores del arco iris. Algunos niños, cerca de mí, atormentaban alegremente á una pobre urraca en una jaula colgada en la pared. En un rincón de la plaza murmuraba una antigua fuente surtidor, cubierta su cúspide de *conferva rivularis*, cuyos cabellos verdes dejaban caer gota á gota perlas de agua chispeante. Todo aquel conjunto era agradable y simpático.

Después de Cuges, la carretera sube por unas alturas muy ásperas. Trátase de una verdadera carretera apenina, escarpada, agreste, encajonada. Hace cuarenta años deteniáanse allí las diligencias. De vez en cuando se encuentra una campesina con su ancho sombrero negro de fieltro, ó un gendarme á caballo, ó un mulo de basto, cargado de fardos, enjaezado con cascabeles y flecos de lana encarnada, cuya cabeza se hunde hasta los ojos en un ancho bozal de esparto. Por encima de las colinas de Cuges se divisan las peladas crestas del Bálsamo Santo.

Algunos instantes después de haber dejado á la derecha una árida eminencia que resume toda su sa-

via en un magnífico pino que se yergue en su cima, se llega al punto culminante de la muralla natural que envuelve á Cuges por todas partes. Abrese el horizonte, un gran valle surca el paisaje, y el Mediterráneo aparece á lo lejos por entre las desigualdades de las montañas.

Dos leguas más lejos ya no se ve el mar; se han pasado dos antiguos pueblos fortificados que se asientan uno enfrente del otro, cada uno en su colina, mirándose como dos nidos de águilas; se ha atravesado el Bausset, pueblo en el que he observado algunas puertas con claves esculpidas del tiempo de Enrique IV; y el camino se hunde de pronto entre terrenos extraños.

A la izquierda, las rocas calcáreas consumidas, desmenuzadas y aguzadas por las tormentas, se levantan como agujas de una catedral; á la derecha, los gres toman formas y actitudes singulares. Son titanes medio hundidos en la tierra, de los que se distinguen los hombros, los homóplatos, las caderas y la columna vertebral; cráneos enormes, cuyos ojos parece hayan sido presa de gigantescos buitres; monstruosas tortugas que el movimiento del carruaje hace deslizarse á través de los matorrales bajo su caparazón de ochenta pies de longitud.

Luego la carretera tuerce, y una fortaleza gótica arruinada se levanta en la cumbre de una montaña, inmensas escarpas de desnudas y desmenuzadas rocas invaden todo el horizonte, el camino se estrecha, un lecho de torrente seco viene costeándolo; nos hallamos en los desfiladeros de Ollioules. Allí me apeo.

Sólo falta un acontecimiento en los desfiladeros de Ollioules para tener la celebridad de las Horcas Caudinas ó de las Termópilas.

Es verdaderamente un sitio formidable. Los ojos

no ven más que una roca amarilla, abrupta, desgarrada, vertical, á la derecha, á la izquierda, delante, detrás, impidiendo el paso, obstruyendo el regreso, empedrando la carretera y ocultando el cielo. Estamos en las entrañas de una montaña, abiertas como con un hachazo y quemadas por un sol á plomo. A medida que se avanza, desaparece toda vegetación. Apenas se ve brotar aquí y allá, entre dos bloques, el anís ó la sabina que servía para los filtros de las brujas. No obstante, detrás de un pedrusco he cogido una pequeña ajedrea de las montañas que huele muy bien y cuya flor es muy bonita. Algunas escuálidas hiedras, algunas higueras enanas, algunos alfóncigos silvestres, algunos pinos de Alepo retorcidos por el maestral penden miserablemente entre las grietas de las rocas superiores.

Varias bocas de cavernas, inaccesibles la mayor parte, ábrense á todas alturas y por todas partes. Algunas parecen galerías hundidas. Distínguense en ellas entablamentos, repisas, impostas, una arquitectura completa, sobrenatural y misteriosa. En las mismas crestas de la montaña, aquí y allá, algunas peñas se curvan en forma de arcos y describen puentes aéreos para imaginarios viandantes.

Ni un pájaro, ni un animal, ni un estremecimiento de hojas. En invierno pasa por allí el torrente solitario con su medroso ruido.

Antiguamente no había en los desfiladeros de Ollioules más que un sendero para los mulos y los peatones. Ahora, gracias á Napoleón, los coches encuentran, lo mismo que en el Simplón, una buena carretera sostenida por una pared de mampostería casi romana. Mis compañeros de viaje se extasiaban con el constructor de la carretera; yo pensaba en el que hizo estas montañas.

¡Qué obra y qué edificio! ¡Cuántos obreros, que no

están á las órdenes del hombre, trabajan en ellos sin descanso todos los días! La lluvia consume la roca, el torrente la corroe, el viento la endurece, la cascada abre en ella canales, la raíz del árbol abre algunos tragaluces, el sol lo dora todo.

Frente á frente de un recodo que forma el camino, en un sitio donde la carretera pasa por debajo de una semibóveda cortada á pico en la piedra viva, se ve, hacia el otro lado del barranco, á una altura bastante asequible, la entrada de una profunda caverna. Es un pórtico ojival, flanqueado á derecha é izquierda por algunas aberturas obstruídas por rocas, y coronado por una especie de cúpula tallada casi regularmente en la pared perpendicular del monte. Aquella sombría casamata, donde la vista ya cunde y entrevé pilares en bruto perdidos en la sombra, recorre toda la montaña como un intestino y, en los puntos más silvestres, tiene varias salidas conocidas por los cabreros.

Hace cuarenta años, Gaspar Bes había hecho su fortaleza de aquel sitio.

Ese Gaspar Bes era uno de esos *condottieri* propios de la Edad media y absurdos en nuestro siglo, que querían hacerse un estado pequeño dentro el mayor, ser reyes en un rincón del reino, establecer peajes en las carreteras en provecho suyo, con bandidos por soldados y contrabandistas por cobradores. Habíase aprovechado de la Revolución para hacerse bandido. Luchaba á viva fuerza con los aduaneros y los gendarmes, extendía sus fronteras hasta Antibes y hasta Barcelonette y tenía cuarenta leguas de costas. Tenía su flota de piratas y su ejército de ladrones. Por lo demás, lleno de lances afortunados, como Mandrin, y de repentinas generosidades, como Juan Sbogar. Cuges era su capital y la caverna de Ollioules era su Louvre. Reinó desde la muerte de Luis XVI hasta el advenimiento de Bonaparte.

El primer cónsul le hizo la guerra y le prendió. Gaspar Bes fué ejecutado en Cuges y muchas mujeres le lloraron; entre otras, dicen, una princesa italiana á quien había aquél desbalijado con gracia, quitándole su equipaje y besándole las manos.

Gaspar Bes no quedó olvidado en Cuges, donde se le ensalza en las canciones populares. El tiempo borra esas figuras violentas y les da un no sé qué de heroico. Muchas familias de príncipes han empezado por otros Gaspar Bes. Mil años atrás, un hombre semejante en una caverna era la semilla de la que salía en determinado tiempo un castillo como Habsburgo ó Borbón-l'Archambault.

Pasada la cripta de Gaspar Bes, la carretera tuerce otra vez. Aquí la vegetación ha desaparecido por completo. Se penetra en el corazón mismo de la hendidura. Un segundo desfiladero, más pequeño que el primero, pero más horrible aún, se precipita perpendicularmente sobre ella y abre á la mirada un abismo horizontal, lleno de silencio y, no obstante, lleno de desorden y de furor. Hay alborotos lo mismo para los ojos que para los oídos. De todas partes las espigas dorsales de los barrancos salen de debajo el lecho del torrente y trepan y se retuercen hacia lo alto de la montaña. Si se avanza un poco en esa garganta secundaria, parece que no se ven ya rocas, sino conchas, escamas, huesos. Parece un gigantesco montón de cocodrilos muertos, los unos que yacen vientre al suelo, con la cabeza hundida, los otros boca arriba, levantando al cielo horribles trozos de patas y de quijadas. Los Alpes no ofrecen nada tan horriblemente espantoso.

Antes, nada más que diez años ha, cuando la cadena de presidiarios partía de París, y después de veinticinco días de marcha bajo la lluvia y el sol, estaba á punto de llegar á Tolón, arrastrando en ocho

carretas con un horrendo ruido de herrajes, sus trescientos presidiarios exhaustos, pálidos, horribles, se detenían allí para descansar. Era perfectamente un alto de condenados en el vestíbulo del infierno.

Apenas se pasa ese encuentro de los dos desfiladeros, cambia la escena bruscamente. Como Dante, como Shakespeare, como todos los grandes poetas, Dios misericordioso hace muchas antítesis y las hace admirables. En veinte pasos, sin gradaciones, sin transición, como si se derrumbara de pronto una pared, de lo espantoso se pasa á lo simpático. El desfiladero se abre, la montaña se ensancha, la deslumbradora rada de Tolón surge en medio de un paisaje magnífico, las gargantas se eclipsan, y las sustituye una ofuscación. Aquí todo es sol fecundante, verdura dorada, agua espléndida, casas, jardines, velas hinchadas, canto, murmurio, vida y alegría.

Apenas si he pensado en notar un viejo castillo derrumbado del siglo XII, que yergue sus tres torres á la entrada meridional de las gargantas como un cancerbero de granito. Yo tenía á mi derecha un campo lleno de naranjos, de azufaifos, de granados que entreabrían sus maduras granadas, de lilas en flor mezcladas con limoneros, de vides corriendo por entre los árboles; á mi izquierda, una casa blanca sombreada por dos palmeras. Los alcaparros salían gozosamente del pie de los muros; una fuente abundosa y tersa se esparcía fuera de la roca al sol, como un derramamiento de líquidas pedrerías.

La llanura entera se componía de este modo: en el fondo, las montañas desnudas y grises, que se amontonaban detrás de Tolón como montones de ceniza, adquirirían no sé qué severo y dulce encanto, confundíendose con la arrebatadora belleza del mar. El sitio de la ciudad está marcado en medio de las verdes llanuras por un bosque de palos.

Después de los desfiladeros de Ollioules, el paisaje de Tolón es como un desquite que toma la naturaleza.

Diez ó doce fuertes rodean Tolón. Con ocasión del sitio de la ciudad en 1794, todos aquellos puntos fueron atacados uno después de otro sin éxito, excepto un fortín situado frente al puerto, y que habían descuidado por considerarlo insignificante. Un joven oficial de artillería, desconocido todavía en el ejército, obtuvo del representante del pueblo el permiso de atacar aquel fuerte. Y lo tomó. Era la llave de Tolón. Una vez tomado el fuerte, los ingleses se marcharon y Tolón se abrió.

Aquel bastión se llama hoy el fuerte del Emperador. Se le ve, al salir de los desfiladeros de Ollioules, resplandecer en la rada como una estrella á la extremidad de un cabo. Es que allí la providencia colocó el comienzo de Bonaparte. Los caballos bajaban rápidamente hacia Tolón, y yo contemplaba aquel punto luminoso desde donde voló Napoleón y una nube de águilas con él.

En Tolón, después de haber visto las cariátides de Puget en la casa de la ciudad y la fuente de la plaza del Heno, con tres admirables delfines, hay que ir al Arsenal.

Se entra en él por un arco de triunfo barroco del gusto más estrafalario. Cuando yo llegué, bajo la cordelería, tres coches del rey esperaban el regreso de Argel del señor duque de Orleáns.

Nada tan curioso como el museo del Arsenal, colección de modelos de todos los navíos. Hay allí soberbios bajo relieves dorados de Puget. Hay tres galeras hechas por Luis XIV para los caballeros de Malta; tres cañones en la proa, dos palos, grandes velas latinas. Aquellas galeras tenían doscientos re-

meros, cuatro por banco y por remo. Las escotillas estaban abiertas. Aquella enorme viga, era una verga; aquella gruesa columna de madera tendida al suelo hasta perderse de vista, era el palo mayor; trescientos sesenta pies de altura, tres pies de diámetro en la base; no había cables, sino cadenas. El montón de cadenas de un navío de cien cañones tenía cuatro pies de altura, veinte de anchura, ocho de profundidad.

En los buques en construcción, observo que tomamos la forma inglesa, mientras que los ingleses toman la nuestra. Nuestra borda avanza, la suya se retira.—Nosotros buscamos el abordaje, ellos lo rehuyen, me decía el marinero que me servía de guía.

Por lo demás, el buque moderno, negro y blanco, es feo por fuera. ¿Dónde están los buques de púrpura con el castillo de popa? Los progresos de la artillería han estropeado lo mismo el buque que la fortaleza. Las vulgarísimas esculturas de popa y proa son sencillamente estúpidas.

He visto la *Belona*, que ha recibido ciento sesenta cañonazos en su casco en San Juan de Ulloa. Ni uno solo penetró. ¿Malos cañones ó buena fragata?

IV

EL PRESIDIO DE TOLÓN

Hojas de álbum

Entrada del presidio. Barca de río. Presidarios educados que ofrecen taburetes y almohadones. Embarcaciones en las que reman presidarios. Rápidas. Sol poniente. Hilera de grandes barcos atracados al muelle del presidio. Compañías de presidarios entrando en el pontón, fatigados, arrastrando sus cadenas, subiendo la estrecha escalera, sumiéndose en el calabozo bajo del buque. Presidios flotantes. Son dos fragatas desmontadas, la *Themis* y la *Nereida*. Dos amores groseramente esculpidos y pintados de amarillo juegan en la popa de la *Nereida*. Visita de los presidarios al paso del puerto en el presidio.

Aspecto de sus dormitorios en el momento en que acaban de entrar. Se pasa una varilla de hierro sujeta por un candado en el último eslabón de todas las cadenas. Camas de campaña. Una caja, un colchón, una manta para los buenos. La cama del trapista es un favor para el presidario. Encima de la puerta, pintura de un presidario, figurando la llegada al presidio, el gendarme, el sombrío criminal, el inocente que se echa de hinojos, etc. Otra pintura